

FELIPE BUSTOS

**CAMINO A LA
FORTALEZA DE PIEDRA**



Áurea Ediciones

Prólogo

LAS PIEZAS SE PONEN EN POSICIÓN

Una llovizna caía sobre el Tormaquín, el bosque que limitaba con la frontera sur del Imperio de Ilinis. Ligeras nubes de verano tapaban la luz del sol, y el verde de las hojas le daba un tono místico al poco explorado territorio austral. Las gotas se acumulaban en las hojas, que luego caían al suelo, volviéndolo lodoso y resbaloso, poco apto para la caminata de los soldados y el paso de los caballos que conformaban la pequeña expedición que pasaba por un sendero escondido entre los árboles.

Eran alrededor de quince personas; diez eran soldados con armaduras ligeras, simples cotas de mallas, cascos y escudos rectangulares. Todas las vestimentas tenían el mismo diseño rojo y amarillo, el uniforme de la legión de los leones rojos. Caminaban en dos grupos de cinco: uno al frente del grupo y otro atrás. En el

grupo de adelante, uno de los soldados se diferenciaba del resto; su casco tenía un arco de pelo rojo y llevaba una larga capa del mismo color que le llegaba a los tobillos. Tenía varias medallas de bronce colgadas en su ropa a la altura del hombro derecho; una de ellas era un llamativo león rojo con bordes dorados que significaba que era un comandante. Los otros miembros de la comitiva iban a caballo; dos de ellos, un hombre y una mujer, llevaban armaduras de metal bien cuidadas y adornadas con un cisne negro pintado en sus pecheras, símbolo de Creator, el Dios de la creación y creatividad. Ambos tenían un escudo, con forma de gota, decorado con el mismo símbolo y una espada al cinto. Iban atentos, mirando a sus alrededores, preocupados.

Los otros tres andaban sin ningún tipo de protección y con ropas ligeras de color azulado, hechas para ir por el bosque, una capa para la lluvia y gorros puntiagudos del mismo color que sus vestimentas. Estos estaban decorados con broches de bronce con forma de estrella; una mujer de tez oscura y un hombre moreno tenían cuatro en diagonal, mientras que el otro hombre, blanco y pálido, tenía solo tres.

La mujer acercó su caballo al hombre vestido como ella.

—Archimagi Uman, no me gusta dudar de su criterio, pero creo que sería sabio devolvernos a la fortaleza. Nos hemos adentrado demasiado en territorio bárbaro y aún no encontramos lo que sea que esté buscando.

—Archimagi Píaclara, entiendo su preocupación. Sin embargo, nos estamos acercando al lugar que ma-

gus Catrán observó durante sus sesiones de adivinación —respondió apuntando con su mano al tercer jinete vestido con capa y gorro puntiagudo.

—Así es, Archimagi Píaclara, ya estamos llegando, y no se preocupe, tengo activo un hechizo de percepción; si hubiera maquinas cerca, los sabríamos, o nuestro explorador los habría encontrado.

—Si es que no lo han encontrado ellos... no podrá avisarnos si está muerto.

—Ciertamente sería un problema, pero sigo teniendo mis habilidades, ¿o acaso duda de mis capacidades como mago de viento?

—No, no me atrevería a dudar del Magus que ha estado trabajando en la Fortaleza de Piedra desde hace más de diez años. Especialmente si fue parte de la legión que la conquistó.

—Entonces, por favor, siga confiando, ya estamos llegando.

La expedición entró en un claro en medio del bosque. Los árboles formaban un círculo, dejando espacio libre para que el grupo pudiera romper la formación y estar más cómodos. El Magus Catrán desmontó y arrancó unas hojas de las pequeñas plantas que crecían a ras de piso. Las inspeccionó un poco y luego las soltó, observando cómo caían lentamente al suelo.

—Definitivamente es aquí —dijo al resto del grupo.

—Muy bien —respondió uno de los caballeros con armadura—, ya es hora de que nos expliquen qué estamos buscando.

—Pronto lo sabrá, capitán Morene —respondió Uman.

Lentamente empezó a aparecer una niebla desde los árboles que avanzó hacia los soldados, caballeros y magos, cubriéndolos. A cada segundo se hacía más densa, entorpeciendo la visión de quienes estaban ahí, hasta el punto de que solo podían ver a quienes tenían al lado.

De repente, se escuchó un fuerte grito de guerra y ruidos que venían de todas partes.

—¡Comandante, nos atacan! —gritó Píaclara.

La Archimagi movió las manos, gritó "*Natuni*", y del piso se desprendieron varios montones de tierra que levitaron alrededor de ella. Mantuvo una mano levantada y con la otra tomó las riendas de su caballo y avanzó hacia donde estaban los soldados. Frente a ella encontró a los cuatro soldados y al comandante que iban adelante del grupo, combatiendo contra una decena de hombres blancos como el papel, con la cara y piel pintadas con líneas y runas azules, negras, rojas y verdes. Blandían hachas y espadas cortas, junto con un gran escudo circular y cascos de cuero o metal, con una barra que les cubría la nariz. Además de eso, no llevaban más que unos pantalones de tela y botas de cuero, y algunos cubrían su pecho con un camisón. Pronto rodearon a los soldados, que se formaron en círculo, usando sus escudos como parapeto y atacando con sus espadas cortas a sus enemigos. Nadie parecía ganar, hasta que uno de los bárbaros enganchó su hacha en el costado de un escudo y logró abrir la guardia de uno de los soldados, dándole la oportunidad a otro

para entrar y asestarle un corte en el cuello, del cual salió un chorro de sangre y pronto cayó al suelo.

Fue entonces cuando Píaclara logró entrar con su caballo, separando a los bárbaros de sus compañeros y con un movimiento de la mano gritó “*Natita*”, y con la mano que tenía levantada apuntó a los oponentes que tenía al costado. Los trozos de tierra que levitaban alrededor de ella salieron despedidos en la misma dirección, y antes de que impactaran, ella gritó “*¡Inertia!*”. El golpe lanzó volando a cuatro de sus enemigos, como si la tierra se hubiera vuelto mucho más pesada de lo que era realmente. A pesar de que estos se habían protegido con sus escudos, fueron arrastrados por el barro endurecido mágicamente e impactaron a los árboles que tenían atrás. Los gruesos troncos se desplomaron encima de los bárbaros y se escucharon gruñidos de dolor, que se volvían gárgaras cuando su sangre entraba a sus gargantas por las heridas recibidas cuando las ramas atravesaron sus pechos.

La maga tiró de las riendas para darse vuelta y vio que los soldados habían cambiado su formación y ahora la estaban protegiendo con sus escudos. Los maquín, altos y fornidos, no solo los superaban en número, sino también en fuerza, empujándolos hacia atrás mientras astillaban los escudos de los soldados. Píaclara levantó su mano libre y gritó “*¡Natdú!*”. Un muro de tierra se levantó del piso, lanzando a un par de oponentes en el aire y separando a ambos grupos, dándole un pequeño respiro a sus aliados.